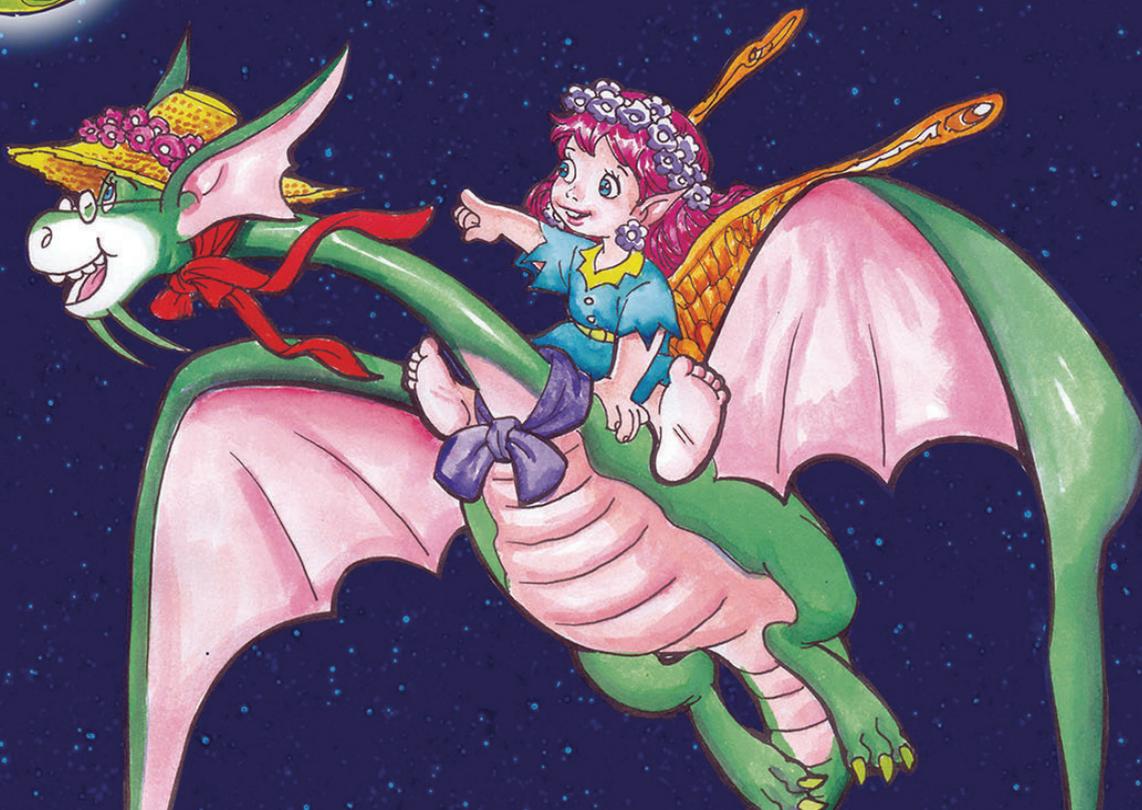


María Eugenia Garay

# ANALUNA y las luciérnagas

COLECCIÓN ECOLÓGICA



## Un espléndido claro del bosque

**D**e inmediato atrajo la atención de ANALUNA el esplendor de los lapachos con sus flores violetas, malvas, rosadas, amarillas y blancas ¡Qué soberbio espectáculo! Los jacarandás cargados de flores azules, los chivatos resplandecientes de flores rojas, las lluvias de oro, con sus racimos de flores doradas, los alelíos violetas y blancos, los diversos matices de la Santa Rita, naranja, fucsia, carmesí, lila pálido, ¡Ahh y aquel aroma! la brisa arrastraba el perfume de los jazmines, de la flor de coco, de las magnolias y gardenias. Una curiosa flor de madreselva acercó sus perfumados pétalos y olisqueó a la pequeña visitante. Y, de los troncos de los árboles cuajados de orquídeas bellísimas, que eran de una variedad increíble, también salía una fragancia que se mezclaba a la de la hierba mojada de rocío y al aroma profundo y vegetal del bosque.

En un claro soleado florecían los malvones de radiantes tonalidades. Más allá lirios rojos y rojas flores de caraguatá eran una fiesta para la vista. En medio de verdes matas de hierba surgían las tímidas violetas. Sobre el prado cubierto de tréboles, sus flores de intenso color rosa salpicaban el intenso verde donde aún refulgían como pequeños cristales las transparentes gotas de rocío. Había flores azules que brotaban espontáneas del generoso regazo de la tierra. ¡Este era un planeta encantado! pensó ANALUNA y llena de entusiasmo, decidió quedarse a disfrutarlo. Se despidió de mamá Dragona y del adorable bebé Dragón con un beso muy cariñoso. Bebé Dragón le tendió sus brazos y los dos amiguitos se abrazaron con fuerza, antes de que las enormes alas de la Dragona se desplegaran ruidosamente al viento y con la primera ráfaga desprendida desde lo alto del abigarrado follaje del bosque, remontara vuelo hacia ese magnífico

universo que estaba ahora sobre sus cabezas

Fue tanta su alegría de poder llegar al fin hasta la Tierra, que se olvidó por completo del detalle más importante: ¡que no le había pedido permiso a su mamá! Y que ésta, desesperada iba a comenzar a buscarla por todas partes. En su entusiasmo, de pisar descalza, por primera vez, aquella gramilla verde y húmeda, ni siquiera le solicitó a mamá Dragona que fuera hasta su Palacio y le avisara que la había traído hasta la Tierra.

–¡Adiós ANALUNAAAA! –gritó bebé Dragón, y lo último que vio la niña fue a la inmensa mamá Dragona perderse en el cielo, con un batir de alas. Un cielo demasiado hermoso: era igual a un lago quieto, surcado por nubecitas blancas que parecían navegar en él. ANALUNA escuchó una suave melodía, se acercó a descubrir de dónde provenía y se encontró con el cauce de un arroyo cristalino, poblado por infinidad de pececitos. Se remangó la pollera y descalza entró a corretear por el torrente, salpicando agua por todos lados ¡Aquello era maravilloso! se sumergió en ese torrente de cristal y se dejó llevar por la corriente aguas abajo ¡que sensación de felicidad nunca antes experimentada!